

F. GONZALEZ DIAZ

Dos conferencias

(Arte, belleza, poesia...)

(Mujer, amor, maternidad...)



TIPOGRAFIA DEL «DIARIO».
BUENOS AIRES 36.—LAS PALMAS.

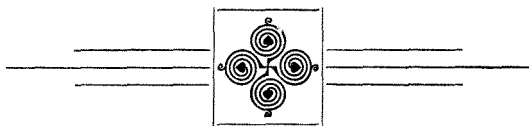
1927

F. GONZALEZ DIAZ

Dos conferencias

(Arte, belleza, poesía...)

(Mujer, amor, maternidad...)



TIPOGRAFIA DEL «DIARIO».
BUENOS AIRES 36.—LAS PALMAS.
1927

Arte, belleza y poesía...



Arte, belleza, poesía...

(Conferencia pronunciada
en el 'Gabinete Literario').

SENOR Presidente del «Gabinete Literario»; señoras; señores: Porque dije recientemente en esta Casa, desde este sitio, que esta Sociedad debería preocuparse de servir los intereses espirituales y los fines de la cultura, para que fué fundada, he querido dar el ejemplo confiando en que otros me sigan y en que se organice una serie de reuniones de la misma tendencia, de la misma índole.

El gran tropel de mercaderes venidos de Cartago ahoga las voces de nuestro pequeño colegio apostólico, los dos o tres artistas extraviados en su senda de rectitud mientras los demás, casi todos, van por la suya torcida en demanda de los perniles y los condumios de las bodas de Camacho. La verdad no debe ofender en boca de los propios que la lloran como un mal y quieren remediarlo, como ofende en boca de ex-

8 traños que la exageran groseramente y la echan en rostro mal intencionados, malévolos y vengativos. El provincianismo con su empequeñecimiento de las cosas grandes, es horrible; pero el insulismo (derivación de *ínsula*) con numerosos Sanchos y si acaso algún que otro Quijote, el insulismo cerril, brutal que condena a cadena perpétua la libertad, y a muerte el pensamiento, es infame y nos hace víctimas a los que cometemos el delito de pensar alto y sentir hondo; a los que nos preocupamos de algo que no sea materialidad: la materialidad de este vivir *terre a terre*, sin visiones trascendentales, sin aspiraciones a un más allá ennoblecedor, sin ideales, sin contenido psicológico y sin sentido constructivo desde el punto de vista de la cultura intelectual.

En Canarias (no sólo en Gran Canaria), se grita hoy *¡vivan las caenas y muera la nación!* como en tiempos de Fernando VII. Vivan las cadenas de todas las servidumbres voluntarias, de la adoración al becerro de oro, del sometimiento servil a los poseedores de la riqueza, único valor admitido y cotizado; muera la nación, la patria ideal, inmortal de los grandes y los fuertes por la soberanía de la inteligencia. Apenas hay más que afanes adquisitivos, glorias crematísticas, ansias de negocio y de lucro. No busquéis nada, nada; y para mí no hay esperanza de que pronto amanezca el día, el verdadero día, iluminado por el sol del Espíritu. Los disidentes, los no conformistas, debemos afirmar nuestra fé y practicar nuestro culto, cueste lo que cueste. Por eso, aquí me tenéis.

Yo quisiera adoptar para comunicarme con vosotros que me habéis hecho el honor de venir a oirme, el tono sencillo, familiar de las conversaciones; de las conversaciones en que cada interlocutor, cada uno de los que las sostienen, no se preocupan de como dice

lo que dice, sino de lo que dice únicamente; el tono propio de la conferencia. 9

Los franceses tienen una palabra intraducible e insustituible. Saint-Beuve, el gran juzgador literario, la acogió para epigrafiar sus críticas de *Le Temps*, *Causeries du lundi*, y desde entonces la palabra con el modo de hablar y de escribir que le corresponde, entró en la literatura; un género eminentemente francés, como es francés eminentemente el cuento, cuyo más insigné cultivador y representante reconocemos y admiramos en el incomparable Guy de Maupassant.

Quisiera acomodarme a las circunstancias; pero acaso no me será fácil, porque la costumbre forma una segunda naturaleza y yo estoy acostumbrado a las largas amplificaciones oratorias. La oratoria es un arte de amplificación; el orador recoge las ideas generales corrientes, circulantes en la conciencia colectiva, en el ambiente psicológico, y las lleva o procura llevarlas al entendimiento y al sentimiento de sus auditores. Si no lo consigue, el orador fracasa. De tal modo es esto la oratoria, que si el orador no es comprendido de su público, si su público no piensa y siente con él, a par de él, pierde el derecho de hablar a las multitudes. Cuando trata de restringirse o comprimirse para expresar lo íntimo y más subjetivo en un decir sencillo, sobrio, condensado, realiza un gran esfuerzo, a veces infructuoso. Lo contrario resulta más hacedero: llevar un párrafo literario de un libro a un discurso y desarrollarlo oratoriamente. Castelar, el más grande de los tribunos, así lo hizo más de una vez: trasponía su prosa de orador a su prosa de publicista y su prosa de publicista a su prosa de orador, muy diestramente.

Los grandes oradores que fueron al mismo tiempo grandes escritores, como Lamartine, como Thiers, como D'Azeglio, como Shéridam, como Gladstone, co-

10 mo Discaeli, como Cánovas, llevaban de sus libros a sus oraciones y de sus oraciones a sus libros conceptos, imágenes, fraseologías, ideologías, desarrollados en unos casos con más libertad y latitud, en otros con más estrechez y restricción.

En el período revolucionario francés, Camilo Desmoulins, que fué un periodista belicoso y un tribuno combatiente, provisto de todas armas, armado de punta en blanco bajo ese doble aspecto para aquellos combates en que por todas partes caía el rayo del pensamiento precedido del trueno de la palabra; Camilo Desmoulins, escribía por la mañana los artículos de su periódico *Révolutions de France et de Brabant*, y por la noche los desarrollaba y amplificaba en sus inflamadas arengas del Palais Royal.

También hay estilos oratorios fuera de la oratoria: el de Calderón, que se desarrolla en espirales, en arcadadas, en volutas arquitectónicas, por ejemplo.

Los escritores oradores no alcanzan el privilegio de serlo fuera de sus obras escritas; pero los oradores escritores ejercen sin límites la soberanía, la tiranía, la monarquía absoluta de la palabra.

La elocuencia— permitidme que lo repita,—es arte de conceptos generales amplificados. También se acoge a las grandes síntesis; pero la síntesis oratoria es, aunque parezca paradójico, una síntesis amplificada, no una síntesis nominativa. En ella la enumeración sintética tiende a la amplificación (ejemplo, el mismo Castelar).

Quedamos en que me será difícil acomodarme a esa exigencia, hablando (escribiendo sería otra cosa); pero que lo intentaré.

Cerrado este paréntesis dilatorio, divagatorio, hablemos por fin de la Poesía.

El arte crea de nuevo el mundo; la poesía es una

esencia inmortal difusa en los seres y las cosas, y que se hace presente en los poetas, espíritus escogidos para sentirla y para interpretarla. Los demás también la pueden sentir; pero no les pidáis que la interpreten, que la concreten en una forma expresiva. Para esto se necesita ser poeta: el poeta recoge la poesía de los mundos, y le da una expresión, le prende alas, la eleva como un canto de todos, de cada uno y de uno solo, que por serlo de uno solo siendo de cada uno y de todos, es personal y única. Si el poeta merece este nombre, dará su nota propia; como cada uno de los árboles del bosque mecidos por la brisa pasajera, da su nota y todas las notas se funden en una singular armonía; como cada una de las cuerdas de la lira, el instrumento órfico, el símbolo poético, emite un sonido diferente y todos los sonidos se funden en un divino arpegio; como todas las olas corriendo hacia la playa traen inicialmente el mismo arranque, el mismo impulso, y ninguna llega a la orilla con la misma pujanza, con la misma curvatura, y todas tienen una voz, pero todas las voces vienen al fin a confundirse en una canción gemebunda.

Si el poeta no se define con personalidad, sino se produce con un temperamento que lo caracteriza, entonces su obra se desvanece en el tono medio de la expresión poética, o se diluye en la vacuidad verbal de los simples facedores de versos. La puesta solar es un espectáculo diario que nada dice a las gentes vulgares incapaces de receptividad para la poesía; pero el poeta llega, lo ve, lo mira, lo admira, lo contempla, se extasa en contemplarlo y lo canta en brillantes estrofas. Las divinas mutaciones escenográficas del tramonto, las lumbres y relumbres esparcidas, las pinceladas multicolores del cuadro cambiante a cada segundo y cada avance del sol hacia su encendido ocaso, la coro-

12 na luminosa partida y rota en mágieos resplandores, la decoración del horizonte, teatro de tanto prodigio, todo eso lo ve el vulgo sin verlo, y lo ve con percepción estética el artista, literato o pintor, que lo traslada a su respectivo arte. ¡Pobre rebaño humano, ciego para las realidades poetizables y poetizadas! La gente va pasando delante de la maravilla, y no la ve. Había una esencia que esperaba lograr hacerse presente; de modo que allí hay esencia en el crepúsculo deslumbrador, presencia en el poeta que la recoge y la absorbe, potencia en el fenómeno, capaz de sugerir ideaciones, impresiones, sensaciones, emociones.

A mi modo de ver, no existen géneros poéticos, sino estados de poesía, estados de alma; no género épico sino estado épico, no género lírico sino estado lírico, no género dramático sino estado dramático; varía y diversa disposición del espíritu que contempla la naturaleza y la vida. Y la poesía empieza con la creación al conjuro todo poderoso del *fiat* que saca del caos los mundos y las formas, en la primer mañana, cuando la nada va animándose, agitándose, cuajándose, solidificándose, corporizándose para formar el gran Todo. Las finieblas se iluminan y aparece la belleza intacta, deslumbrante, en las manifestaciones de lo creado; nacimiento de una vírgen que, más tarde, se entregará al que sepa amarla y merezca poseerla, pero se conservará límpia, pura, inmaculada, sin mancha ni quebranto, como la Madre de Dios, la Vírgen María. El Génesis es el primer poema: todas las epopeyas, todas las odas, todas las fugas líricas, todos los idilios, todos los epitalamios y todos los dramas, están contenidos en la síntesis de aquella brevedad e inmensidad creadoras. El primer poema, superior al del mismo Job, que era según Lamartine el más alto y el más grande, porque, decía, Dios lo había dictado. «El

Génesis—ha dicho Donoso Cortés — es bello como la primera sonrisa de la aurora recién nacida en Oriente;» pero yo digo que es también el gran velo que descubre la mano del Creador. Detrás el vacío absoluto, delante la vida que brota, la vida que fluye. Los primeros hombres salvajes que se arrodillaron delante del sol, eran poetas pasivos, eran poetas mudos en su posición orante y en su actitud contemplativa, admirativa. Sonríe la infancia de la tierra, sonrío la infancia de la humanidad, y los pueblos perciben la gloria del Señor a través de la religión heliaca, la primera de las religiones. Se comprende muy bien que así fuera; la poesía empieza a fluir, fuente inagotable, y en el mito de la Fuente Castalia la representarán más tarde los griegos. Discurre en ríos profundos y serenos a la sombra del Maharabaththa del Remayana del Panchatantra y del Hitopadesa inmensos como los bosques sagrados de la India, en donde nace la cultura humana. Los primeros cantores van a beber en las linfas sagradas como aves del cielo. Las idolatrías, las mitologías, las teogonías, son temas poéticos desarrollados por el genio religioso popular. A los primeros vuelos épicos, a los primeros raptos líricos en las viejas sociedades, no precede ninguna definición escolástica, ninguna preocupación doctrinaria. Estaban muy lejos la retórica de Aristóteles y la estética de Benedetto Croce. ¿Qué valor podían tener la preceptiva y las reglas *non natas* para los autores de aquella obra informe y grandiosa? ¿Qué valor las escuelas y los sistemas para el aeda, para el rapsoda que en la Grecia surgiente iba por los caminos, iba por los poblados, elevando sus cantos candorosos e ingenuos? Valmiki y Homero, Tirteo y Píndaro, no sabían de tales artificios o embelecocos inventados por la retórica, esa formación académica, establecidos para poner condiciones y limitaciones al in-

14 telecto funcionante; ignoraban el retoricismo, pero contribuían inconscientemente a formarlo sentando precedentes de la labor poética, de la edificación literaria de las generaciones. Yo no creo, tampoco, en escuelas, sectas, sistemas ni encasillados, que no son sino compartimientos de la didáctica: creo tan sólo en la espontaneidad y la libertad de la inspiración. Cada poeta legítimo, aparte el contenido universal humano que su obra pueda tener, en ella entraña una definición personal. Cabría que dijera; yo soy según me definen mis versos (y si no le definen, no es); yo soy por encima, con prescindencia, con independencia de los convencionalismos académicos que quieren limitarme y condicionarme; yo los limito y los condiciono. Yo soy yo, en último análisis, no el yo aborrecible que anatematizó Pascal, sino el gran yo perentorio; *ego sum*. ¿Pero qué es el poeta en su significación máxima y en su sede augusta? Considerado genéricamente, el vate, mediador e intérprete de la naturaleza, entendiéndose por naturaleza lo total humano cósmico, para con la humanidad, que le ofrece un público y un auditorio sin fronteras de tiempo ni de espacio; considerado individualmente, como unidad estética, véase lo que es:

El poeta se llama Homero, y crea como un Dios las figuras colosales, heróicas, que se levantan entre las nieblas del mundo primitivo, confundiéndose por el poder de la fantasía la humanidad con la divinidad; se llama Virgilio, y evoca en alas de un panteísmo adorable los espíritus de la risueña naturaleza, haciendo que bajo el dosel de los cielos los campos sonrían como en los días purísimos del Génesis y a través de los siglos venga a besarnos la luz de los primeros amaneceres y nos conforte la brisa embalsamada de las Geórgicas; se llama Horacio, y nos ofrece el

ánfora de oro en que se contiene el vino del amor 15
felíz; se llama Dante, y convierte en carne dolori-
da, pero inmortal, las visiones angustiosas, las torturas
penitenciales y los arrebatos místicos de la teología
cristiana en el infierno de la Edad Media; se llama Sha-
kespeare, y relata en páginas desgarradoras la eterna
historia del corazón humano; se llama Milton, y entra
victorioso en el Paraíso; se llama Víctor Hugo, y tra-
duce en estancias y en ritmos imperecederos toda
la vitalidad del Cósmos, prestando voz armoniosa has-
ta a las cosas inanimadas; se llama Byron o Espron-
ceda, y lanza el grito del ángel rebelde en la misma len-
gua divina de los ángeles fieles; se llama Leopardi, y
expresa elocuentísimamente el tumulto de la duda mo-
derna en gritos desesperados de naufrago o de mori-
bundo; se llama Shelley, y resucita la Grecia clásica
para adorarla y que la adoremos, encerrándola íntegra
en sus versos, convirtiéndola en una excelsa estafua;
se llama Enrique Heine, y alumbrá con su antorcha in-
extinguible todos los abismos donde se retuercen los
mónstruos de todos los dolores, y todos los cielos por
donde vuelan las golondrinas de todos los ensueños;
se llama Lamartine, y tañe la flauta mágica de Orfeo, a
cuyos sonos se extasían y se encantan todas las
criaturas, como en torno del Creador en la mañana de
la Creación; se llama Alfredo de Musset, y en su poe-
sía dulcemente lacerante, se desborda la elocuen-
cia sentimental; se llama Chaterton, y desaparece al
punto mismo de empezar a vivir y a cantar, como si el
beso de la Musa lo hubiera matado; se llama Andrés
Chénier, y va a desposarse con la muerte en el cadal-
so cantando el canto de la vida, como si fuera a despo-
sarse con su musa, y se golpea la frente y dice: *¡algo
hay aquí dentro!*; se llama Edgard Poe y evoca de un
modo torturante, la conmovedora, obsesionante, el

16 mundo de lo demoníaco, de lo protervo y lo perverso, y es un embrujado en medio de la positivista civilización norte-americana que lo rechaza, lo atormenta y lo maldice, como a Byron la hipocresía británica; se llama Teófilo Gautier, y remeda con la palabra rimada la arquitectura helénica, serena, armoniosa, impecable, reproduce el Parthenon, y las abejas áticas labran sus panales, y las palomas de Afrodita hacen nido bajo su techo; se llama Baudelaire, y nos trae el calofrío nuevo de que hablara Hugo, un sacudimiento eléctrico de las fibras todas del ser; se llama Verlaine, y es como una orquesta subterránea que ejecuta la más rara música, con giros y dibujos melódicos, sorprendentes, inexplicables; se llama Pouchkine, y es el nacionalismo ruso complicado con el misticismo, fondo substancial de la raza eslava; se llama Alfredo de Vigny, y concibe el pequeño poema filosófico de perspectivas ilimitadas abiertas sobre la antigüedad, sobre la eternidad; se llama Beranger, y en sus canciones se siente venir el oceano de la democracia irritado, saltando todas las barreras; se llama Carducci, y es el magno y grave decoro civil, y en su lira de bronce rugen la libertad hecha una furia, una euménide; se llama d'Annunzio, y crea una estética refinada que sutaliza las ideas y las sensaciones hasta lo infinito; se llama Rubén Darío, y en sus composiciones eleva su canto de decadencia esta civilización pervertida y caduca, como una gran flor podrida; se llama Salvador Rueda, y hace al sol su prisionero entre la trama rutilante de sus estrofas y sus rimas, y traduce la vida en afectos generosos y en optimismo sano, fecundo, y se derrocha indefinidamente en asombrosas orgías de color; se llama Antonio Machado, y se hunde como un buzo dentro de sí mismo, en su mar interior, para darnos como resultado de su introspección dolorosa un sutil

reflejo de las más delicadas, de las más complicadas relaciones y fenómenos psico-físicos; se llama Tomás Morales, nuestro poeta, y vibra con los estremecimientos y los rugidos de Atlante, que en la lira de Morales eleva su recia canción de cíclope y se tiende a sus pies como un mónstruo domado... 17

Cada uno de esos poetas da su nota, su definición, su personalidad dentro de los géneros literarios y las mal llamadas escuelas.

Con Homero adviene la epopeya, con Esquilo adviene la tragedia, con los salmistas hebreos adviene la forma lírica; pero ellos, instintivos e inconscientes, no saben lo que hacen, no saben lo que crean; creadores inferiores a sus criaturas. Y todos ellos dan su nota específica dentro de sus obras hoy determinadas en géneros de literatura.

Comparemos a tres grandes poetas modernos altamente representativos. Zorrilla ¡ah! el ruiseñor de los jardines de España y de las noches árabes de la sultana Andalucía, la alondra saludando a la mañana con el desgranamiento de las perlas sonoras de sus trinos; visión objetiva vertida en una fluidez admirable de arroyo que corre cristalino entre guijas y flores, o de torrente que estruendoso se despeña de las alturas: dispersión. Becquer, subjetividad mística y sentimentalismo delicado, amor doloroso y dolor amoroso: concentración. Campoamor, pesimismo, vaga y amena filosofía encerrada en una forma pobre y defectuosa, abundante en prosaismos, reiteraciones y rípios que en nada, sin embargo, perjudican al contenido de la obra, porque Campoamor es filósofo *per se* y poeta *per accidens*; absorción... El primero, un sensual a quién embriaga el licor de la vida optimista; el segundo, un emotivo concentrado y meditabundo; el tercero, un observador moralista, un excéptico risueño y ama-

18 ble, agri-dulce y punzante como la abeja (recuérdese la definición de Rubén Darío). Los tres, dentro de la lírica a que pertenecen, se diversifican y la diversifican en sus respectivas tendencias y direcciones. De modo que, en resúmen, lo que importa es ser poeta. ¿Pero qué es la poesía?

La poesía crea una patria del espíritu en que se vive entre ensueños, alucinaciones deslumbradoras y percepciones celestiales que nos alejan de la prosa del mundo. La poesía es transfiguración; ser poeta significa ser mucho más que hombre sin perder la condición humana, antes bien refinándola hasta lo sublime; significa tener alas y volar. Significa ver más que el común de los hombres, oír más, sentir más; significa tener un alma que se hace una con el alma del Universo y recoger en ella todas las voces esparcidas, todos los resplandores difusos, todos los matices, todos los aromas, todas las sonrisas, todas las lágrimas, todas las lamentaciones y todos los cánticos, todos los ecos del amor y del dolor universales para formar un himno en que la vida entera palpita estremeciéndose con su propia energía creadora y elevarlo hacia las nubes sobre el homenaje de las frentes inclinadas.

La poesía es esa «alma madre» escondida tras misteriosos velos que no la ocultan sin embargo completamente para los que, por privilegio, son capaces de percibirla; esa irradiación, ese perfume que delatan la belleza. A mi modo de ver no hay arte bello si no interpreta idealmente la vida. Es una cristalización que recuerda la del diamante, y lo mismo da ser realista o idealista para resolver el problema de la creación de belleza; lo mismo llamarse Velázquez que Murillo, Racine o Shakespeare. Sólo importa el contenido; la escuela o el molde son secundarios.

Yo no creo, como Catulle Mendés, que «hacer

bellos versos y después de hacerlos amarlos»,¹⁹ sea la sola razón de vivir, pues la vida nos ha sido dada para vivirla en integridad, no para evaporarla en nieblas rosadas y doradas de poesía; pero sí creo con Emilio Zola que deben las aves cantoras revolar y cantar sobre los hormigueros; que sobre la agitación de las eternas congojosas faenas humanas debe levantarse como un llamamiento a oficio divino que conforte los corazones y temple los espíritus la voz sagrada del vate, equivalente a la del oráculo y la de la pitonisa en el mundo primitivo.

En la orientación social de las actividades contemporáneas, el poeta tiene una misión impuesta por la ley de los tiempos. Ha dicho un gran escritor que los poetas en nuestro siglo deberían poner su canto a tono con el ritmo universal del trabajo y acompañar la canción de los trabajadores; pero estos días que vivimos son días de infinita amargura, llenos de pesadumbre, de incertidumbre, días apocalípticos y al mismo tiempo genésicos, días que condicionan y dan una pauta a la inspiración poética. Cantar, sí, pero cantar para expresar y para consolar el dolor humano; para recoger en el cáliz del verso las lágrimas de la humanidad ofreciéndolas como expiación del pasado y como prenda y rescate del porvenir: cantar, también, para concretar en fórmulas perdurables el afán infinito de la hora. Nunca el poeta tuvo una misión más elevada, y nunca se echó tan de menos la presencia de un bardo profético, cíclico, inmensamente comprensivo, humanitario, que poseyese una lira de hierro y oro en cuyas cuerdas resonara y clamara el grito de los naufragos de la cultura europea en este ocaso de toda una civilización desahuciada; que a la vez formulase para la posteridad las ansias y torturas de gestación de la nueva vida, de la nueva historia...

20 Ese poeta no ha venido, pero yo confío en que a su hora vendrá, como vinieron suscitados por la Providencia, en el momento necesario, los grandes vates y los grandes caudillos. Vendrá ese poeta a cumplir su misión.

Y la poesía no está en la forma; es cosa esencial, manifestación profunda, espontánea, estética, de la vida que el poeta recoge, expresa y avalora con su arte; resplandor de lo bello que cabe aprisionar y proyectar, lo mismo en las combinaciones de la métrica, esas redes doradas, que en la amplitud y holgura de una prosa brillante, matizada, selecta, donde se piensa sin restricciones y se escribe sin trabas.

La poesía tiene tres edades, correspondientes a las tres grandes edades de la historia: clásica o antigua, romántica o media, y moderna, que algunos prolongan en modernista. Pero lo modernista es lo moderno modernizado, con chocante redundancia... y petulancia; lo moderno extremado, forzado, con vistas a un futuro que se anticipa. Decir modernismo equivale a decir concentración cronológica que, si se exagera, viene a parar en descentración.

En lo clásico va incluida cierta idea de dinamismo, de inmovilidad, de impenetrabilidad; se piensa en el continente más que en el contenido, en los moldes más que en las formas; se piensa en las petrificaciones seculares inmovibles. Lo romántico incluye un concepto dinámico, mayor libertad de pensamiento en mayor libertad de expresión, desprecio de las formas, desorden. Lo moderno, ecuación, armonía entre el artista y el ambiente que influye sobre su obra. Lo modernista, anticipo de lo venidero que se quiere adelantar y sorprender.

Indudablemente estas denominaciones responden a estados de alma; si se dan hoy, pudieron darse, se

dieron en las distintas épocas históricas con relación a las épocas mismas. Lo clásico antiguo no lo fué para los coetáneos; hubo románticos mucho antes del Romanticismo, y modernos y modernistas en todos los periodos histórico-literarios, pues lo moderno y lo modernista de hoy dejarán de serlo en la lejanía de los siglos por venir. 21

Rubén Darío marca la nota de lo humano y lo eterno del romanticismo en este verso célebre:

Románticos somos. ¿Quién, que es, no es romántico?

Muy cierto. El romanticismo, no fué una revolución, fué una *revelación*, y ni le sirvió de evangelio el drama *Antony* de Alejandro Dumas, ni de profeta el dios Hugo, ni de insignia el chaleco rojo de Teófilo Gautier. No nació en Francia, ni en España, ni en Alemania bajo la inspiración de Novalis: había venido al mundo con el hombre. Es un estado de nuestra naturaleza, una manera natural de ser y de sentir.

Antonio Machado dice, definiéndose:

*¿Soy clásico o romántico? No sé, dejar quisiera
mi verso como deja el capitán su espada,
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por la docta mano del forjador preciada...*

En esos cuatro versos está expresado casi todo lo que llevo dicho sobre mi filosofía estética, sobre mi manera de sentir y de comprender el Arte.

Y llegamos finalmente ante la figura de Rubén; llegamos ante Rubén como se llega ante una cumbre máxima después de haber emprendido numerosos rodeos, seguido numerosos atajos, atravesado grandes montañas que preparaban la última ascensión. Rubén Darío se yergue aislado y gigantesco en medio de la poesía hispano-americana, como un dictador, como un descubridor, como un gran removedor; aquel indio

22 salido de la selva de Nicaragua, criado a los pechos ubérrimos de Grecia, bautizado por Buenos Aires, confirmado y refinado por París, que vino con su tea revolucionaria a incendiar el templo de los dioses del arte antiguo. Su obra fué liberación, secularización, libertó a la bella prisionera que había venido cambiando de cárcel sin evadirse nunca; oprimida por los clásicos, maltratada por los románticos, desnaturalizada por los modernistas; él la libertó, la trajo a plena libertad. Con el lastre de su inmensa cultura greco-romana, su sentido de lo frívolo y de lo trascendente, su alma sensualista, panteísta, su ánfora colmada de perfumes helénicos y venenos tropicales, ¿quién se atrevería a definirlo? No es idealista ni realista, ni místico ni pagano, ni clásico ni romántico, ni moderno ni modernista, sino todo eso a la vez, en grado excelso. Es Rubén Darío. Y asciende a las alturas y desciende a las profundidades llevando la consolación del arte, el viático de la suma belleza; y su verbo adquiere una fuerza de expresión, una plasticidad que nunca alcanzó la palabra humana, ni aún acaso en labios del padre Hugo, y con ella pinta, esculpe, burila, cincela, afiligrana, produce combinaciones melódicas y armónicas jamás previstas. Y efectos de claro-oscuro, de luz y sombra, estelas diamantinas y púrpuras violentas jamás sospechadas. A veces en un solo verso expresa lo infinitamente blanco, puro, delicado y sonoro, como en aquel divino verso: (*y la hostia, era vírgen, y ese mártir, el cirio...*;) a veces, en una composición muy corta encierra la vastedad de un poema (*recuerdas que querías ser una Margarita Gauthier?*); a veces, en una composición larga todo viene a parar en un rasgo, un gesto o un grito finales y gloriosos (*y hacia Belén la caravana pasa...*;) a veces, cuando anda más cerca de los cielos de pronto cae, pero

cae con paracaídas, elegantemente, magestuosamente, egregiamente, como un filán, como quién es. Es Ruben Darío. 23

Su obra tiene una grandeza, una enormidad cósmica, cual la del autor de *La leyenda de los siglos*, tendiendo a integrarse en una visión total de los seres y las cosas. Pero su hiperestesia agudísima logra que no se le escape ningún matiz de emoción, por leve, sutil y fugitivo que sea. Delicadezas, flaquezas, florecimientos, desfallecimientos, morbosismos de esta gran enfermedad que es la existencia sobrecargada de los hombres contemporáneos, vacilante como una víctima debajo de una cruz. Dulzores y amargores, la miel del Hible y la cicuta socrática, perlas de Ormuz y diamantes de Golconda, magnificencias de Bagdad y melancolías de Jerusalén, escenas de carnaval de Venecia y lamentos de Semana Santa, las *Mil y una noches* y *Les cloches de Corneville*, rosas de Jericó y adelfas venenosas, polvos perfumados de la Pompadour y sensualidades de Ninon de Lenclos, altisonancias y disonancias, explosiones e insinuaciones, exquisiteces de Versalles y elegancias del Directorio, sonatinas y marchas triunfales, aquelarres y minuetos, bucolismos a lo Walteau y realismos a lo Velázquez, estremecimientos ante la muerte y espasmos de la vida, la pampa y la Academia, estatuas criselefantinas y fetiches americanos, cocotas de París y matronas de Buenos Aires, abates y marquesas, canéforas y discóbolos, geniecillos, y amorcillos, magos y demonios, alas de arcángel y membranas de murciélago, tórtolas y serpientes, sátiros y centauros; la fauna y la flora de la selva mágica, los espectros de la selva oscura, los mayores extremos, los mayores contrastes, todo mezclado, revuelto, confundido en el desfile de la cinematografía triunfal de una obra múltiple y rica hasta lo inverosímil que no ha po-

24 dido fundirse en una vasta unidad de conjunto por su diversificación fragmentaria, pero que abarca todos los aspectos humanos, todas las facetas y todas las posibilidades de la lucha social, y de la vida y de la muerte.

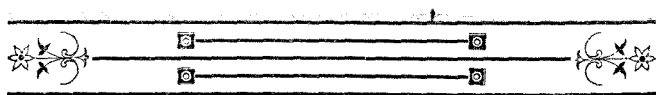
Influencias las más distantes, las más disímiles, las más disconformes; influencias del olimpo griego, del parnaso latino, de la Pléyade francesa, del Renacimiento italiano; influencias de Virgilio, de Petronio, de Góngora, de Wat-Wittman, de Baudelaire; influencias de la Biblia, del Romancero y del Quijote; influencias de los primitivos españoles, de los clásicos castellanos, de los simbolistas, decadentes y delicuescentes franceses; influencias de las otras artes concurrentes y sugeridoras, pues ya he dicho que hay en Darío versos musicales, versos pictóricos, versos escultóricos, versos arquitectónicos, y sobre todo este mundo, sobre todo este tesoro heteróclito, sobre toda esta polifonía y policromía, sobre todos estos aluviones, aportaciones, alegaciones, la marca de una garra poderosa que ha hecho de un jardín un universo, que ha revolucionado completamente la poética y ha consumado en la poesía una obra de superación equiparable a la de Wagner en la música. Rubén Darío es Rubén Darío.

Y ahora, después de esta enumeración de poetas, me atreveré a leer mis propios versos? ¿Porque los escribo en edad no poética, porque no los oculto como un pecado, porque los publico? No sé; el caso es singular; esta florescencia de invierno se dá en mí espontáneamente. Mis versos son espontáneos, son sinceros; reflejan mi carácter, mi temperamento, mi espíritu, mi personalidad. Creo que me definen. ¿Cómo me definen? Yo soy un poeta tardío y melancólico que canta como un monje el *de profundis* y la *tristitia rerum*; pero mi poesía es la voz de la vida que se queja, llo-

ra, suspira, dirige mirada a los cielos, de donde
baja la luz y adonde sube la esperanza. 25

¡Pobre de mí! Lo que canto es casi siempre lo que lloro; lo que lloro es la tristeza de haber querido muchas cosas grandes, y no haber alcanzado ninguna; haber amado la verdad, y no haber encontrado la verdad; haber amado la libertad, y no haber encontrado la libertad; haber amado la justicia, y no haber encontrado la justicia; haber amado el amor, la paz y la armonía entre los hombres, y no haber encontrado amor, ni paz ni armonía; la tristeza de vivir en un mundo que indudablemente no es el mío, y no poder arribar a otro mejor que me sonrío en sueños y, despierto, me burla y me abandona. Lo que canto es también a veces lo que creo, y lo que creo es lo que perdí. Lo que canto es lo que espero, y lo que espero es una visión lejana, tan lejana como esas estrellas cuya luz tarda miles de años en llegar a nuestro planeta miserable, lleno de dolor. Lo que canto, finalmente, es lo que odio; pero lo que odio con santa violencia e intransigencia, es el mal en todas sus manifestaciones; el mal que los malvados llaman en ellos conformismo, y los imbéciles llaman en mí pesimismo. Es tarde para cantar la juventud, para cantar la primavera, pero no para llorar buscando refugio en el seno de Dios eterno y misericordioso.





Mujer, amor, maternidad...

(Párrafos de una conferencia
pronunciada en el Ayuntamiento
de Teror.)

PARA mí la mujer es siempre bella, aunque no lo sea de rostro; bella por naturaleza, por definición; bella por su contenido de feminidad, por su delicadeza, por su comprensión emotiva, por su misión sagrada sobre la tierra, por su capacidad de sentir que se traduce en capacidad de amar y, muchas veces en capacidad de pensar, pues los mejores pensamientos brotan del corazón (Vauvenargues). Y todas estas bellezas, todas estas virtudes, todas estas perfecciones, se compondrían, se sintetizan en la madre, que es un ser aparte, la superación del sexo.

La debilidad aparente en vosotras es fuerza, fuerza que domina al hombre. Una mirada de mujer que relampaguea en la noche de un hombre perdido, lo salva. Los hombres, aún los más grandes, suelen volverse niños ciegos, y la mujer les sirve de lazarillo en el tránsito por la selva oscura de la vida.

El amor es la iluminación de la historia, que sube hasta la violencia del incendio o baja hasta la dulce templanza de los afectos familiares, sencillos, serenos e inextinguibles como el agua tranquila de los lagos donde se reflejan estrellas... Detrás de cada artista que crea, detrás de cada poeta que medita, concibe y vuela, aparece una divina cabeza pensativa; la musa, la inspiradora, la consejera, la hermana espiritual, en cierto sentido la madre, porque en la mujer cuaja el milagro de la forma como en la madre cuaja la misteriosa organización de un ser que nace.

Sin Beatriz, Dante no hubiera escrito *La Divina Comedia*; Leonardo de Vinci no nos hubiera legado la sonrisa de Gioconda, sin Gioconda; de las manos de Rafael se hubieran caído los mágicos pinceles sin el aliento fortificador, animador, de la Fornarina. Goethe, un gran poeta, se paseaba una tarde a orillas del Rhin en uno de los lugares más hermosos de la poética Alemania; iba distraído, abrumado bajo la carga de su genio; de pronto oyó el canto sublime de una madre que adormecía a su hijo, el *arrorró* germánico, y exclamó: *¡Eureka! Ya puedo apagar mi linterna, por fin encontré la música universal!* En efecto; la voz, el canto de una madre que mece a un hijo, es el grito de la maternidad de la naturaleza subiendo a los cielos para que lo recojan los ángeles y lo trasmitan al Todopoderoso.

Shakespeare dijo de la mujer: *pérfida, como la onda*, y también dijo: *fragilidad, tienes nombre de mujer*. Pero creó las figuras femeninas más idealmente hermosas de la literatura universal: Julieta, Ofelia, Cordelia, Miranda, Desdémona. . Con las rosas que deshojan las manos de la pobre Ofelia, coronó a todas las mujeres. Julieta es la pasión dramática que culmina en la catástrofe de la muerte de Julieta y el suicidio de Romeo; en Cordelia está el afecto filial santificado por el

sacrificio; en Desdémona la locura de los celos 31
rugientes que barren como un huracán la conciencia de Otelo, aquel moro salvaje víctima de un amor africano... Y en todas y cada una de ellas, la feminidad con todos sus atributos.

El cristianismo es la más grande entre las religiones porque ha sido fundada en el culto de la maternidad; por su divinización de la madre; porque hace nacer del seno de una mujer un hombre que, además de ser un hombre, fué un Dios. ¡Símbolo grandioso, exaltación suprema del feminismo! En la Virgen Madre están benditas todas las mujeres. En la Concepción, en la interpretación de Murillo, el pintor extático, una mujer idealmente bella, con más gracia que magestad, inmaculada como la luz recién nacida, rubia como una inglesa o morena como una sevillana, retulgir de una noche deslumbrante que pone en ella todos sus esplendores: el blanco de las nubes por traje, el azul del firmamento por manto, la media luna bajo los pies, el infinito en los ojos, estrellas en la cabeza, en derredor como ramilletes del aire, grupos de querubines mucho más bellos que los amorcillos paganos; en las entrañas inmensamente maternales, el gérmen de la Redención, el fruto de las Profecías, Jesús niño que sonrío como la aurora... En la letanía se ensalza más a la madre que a la vírgen y la esposa; recordadlo, *mater admirabilis*, el himno de la admiración, el sentimiento sin límites...

Un dogma que se engendra y se encarna con una criatura divina en la pobreza y la humildad humanas, aproximación de la tierra al cielo; una predicación que fué como el nacimiento de una nueva vida, como el descubrimiento de un nuevo mundo para las almas, la paz, el reinado del amor, la verdad amorosa; un Dios humanizado cuyos pasos guía una madre desde Belén

32 hasta el Calvario pasando por el misterio de Egipto, y sobre todo eso, clavada en una montaña una cruz a cuyo pié grita su arrepentimiento Magdalena, el paganismo convertido, el paganismo cristianizado, y lloran con la Virgen Madre todas las madres...

Aspecto femenino del Cristianismo, que nace en una cuna mecida por una madre excelsa a la sombra de un pesebre, aspira a lo inmortal, desdén lo terreno, se da en holocausto, y muere para resucitar con una agonía santificadora de todas las agonías. Pero la Madre, ya lo dije, es mucho más que la Mujer. Todos los errores, todos los vicios, todas las faltas, hasta todas las culpas de la mujer, las redime la maternidad dolorosa ..

El paganismo no respetó ni honró a la mujer, no profesó el culto de la maternidad ni podía profesarlo (este debía nacer en Galilea con el Evangelio). En la ausencia de una moral sistematizada, el hogar estaba minado, estaba socavado por los vicios de la sociedad antigua, que para los griegos y para los latinos eran costumbres bellas, adornos de la ciudadanía. Únicamente en la república romana, austera escuela de virtudes cívicas, surgieron como excepciones la madre de Corolano, luego la madre de los Gracos; pero en frente de aquellas, ¡cuántas mujeres perversas, depravadas, cuantas madres, como la de Nerón indignas de serlo! Fué preciso que Cristo naciera divinizando a la maternidad y siendo por ella divinizado.

Más tarde, el entronizamiento definitivo de la mujer que, maldecida y anatematizada por los Padres de la Iglesia, antifeministas furibundos, recobra su imperio al infiltrarse la idea cristiana identificada con el principio de libertad en los pueblos modernos. Y ahora—¡extraño contraste!—en esta hora de vacilación en las ideas, en esta hora de incertidumbre ante el enigma

de un futuro pavoroso, una reacción inconsciente que, mientras por una parte la declara libre y la exalta y la quiere hacer igual al hombre, por la otra tiende, y tiende ella misma, a desnudarse bajo la luz traidora de una civilización saturada de paganía que es el desnudo de todas las cosas. 33

La mujer sigue ocupando el centro de la vida a pesar de su liberación, a pesar de las leyes que la emancipan, a pesar de las corrientes feministas modernas que la arrastran fuera de su centro natural de acción y la masculinizan, a mi juicio exageradamente; a pesar de todo. Es que, sea cual sea la posición que ocupe, la eminencia de un trono o el santuario del hogar doméstico florecido de sus virtudes, una cumbre o un rincón escondido, un palacio o una cárcel, una jerarquía o una desheredación, con ella persiste, no se extingue la esencia de su belleza. *Forma ideal purissima de la belleza eterna*, canta Fáusto en la ópera de Boito al punto extremo del morir. Pero no es esto tan sólo: es la espiritualidad radiante, es la caridad providente, es la bondad auxiliadora, es un perpétuo estado de gracia plena...

* * *

Pues bien. Si yo creo que la mujer es siempre bella aún cuando no lo sea desde el punto de vista de la belleza formal, que no puede ser fea sino por eliminación monstruosa de sus cualidades esenciales, figuráos lo que creeré, lo que pensaré al ver en vosotras hermanadas la belleza interior y la exterior, la belleza del alma y la del cuerpo: una corona sobre una magestad. La mujer se define exclusivamente como belleza; pero el hombre no puede definirse como fuerza de un modo exclusivo, porque a menudo ocurre que la fuerza está

34 en la mujer, y que la belleza está en el hombre como un reflejo de la mujer, una trasmisión, una transparencia.

Muchas obras de la inteligencia, muchos triunfos de la voluntad, muchas hazañas del heroísmo, tuvieron por punto de partida la invocación de una mujer amada, presente o ausente... El lema de guerra de los viejos caballeros fué esta leyenda grabada en el puño de una espada victoriosa: *Dios y mi dama*. La religión de la vieja caballería reducíase a dar vueltas eternamente en derredor de la mujer, soberana del mundo; a cantarle alabanzas, hacerle reverencias, rendirle pleito homenaje...

Este arrodillamiento perpétuo del hombre delante de la mujer, ¿qué significa? Significa el reconocimiento de su soberanía y su influencia perdurables; significa que el hombre no es más que un cooperador y casi todo lo que hace lleva sello femenino. Vuelvo a mi idea capital: una mujer nos concibe, pero nosotros concebimos intelectualmente por otra mujer, por otras mujeres. En la obra de cooperación que realiza la pareja humana, la mujer representa el Espíritu Santo de la inspiración descendido en lenguas de fuego. En el genio, tanto como masculinidad hay feminidad recogida y participada. Dentro de cada hombre hay una mujer que ha bajado de las alturas o ha subido de los abismos, según, pues en la mujer se dá el bien y se dá el mal; pero el bien prepondera. La mujer que siempre ha reinado en mí, es mi madre.

El ser pasivo en apariencia, es el ser realmente activo por su receptividad enorme y fecunda; bien que parezca paradójico.

Aunque hoy pudiera parecer lo contrario por mi aislamiento y abstención inevitables, las mujeres han jugado un gran papel en mi existencia: me han forma-

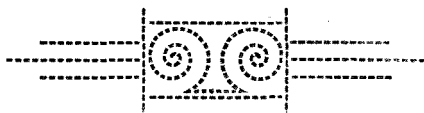
do, me han inspirado... Yo tuve una madre, a quién
no puedo nombrar sin tartamudeos de emoción, 35
sin estremecimientos de un dolor que cada día se re-
nueva; yo tuve una madre, santa entre las santas, y
ella me hizo a su imágen y semejanza, tal como soy.
Lo que hay de bueno en mí, ella lo puso, y lo que pue-
da haber de malo, ella quiso quitarlo y no lo pudo qui-
tar. Ahora el vivir mío es un continuo esfuerzo para
mantenerme como mi madre me formó, y para hacerme
mejor, cada vez mejor, como ella quiso que lo fuera...

A lo largo de mi camino salieron Samaritanas, mu-
jeres piadosas que se ofrecieron a apagar mi sed y
consolarme; pero yo ¡insensato! no seguí sus pasos,
insistiendo en encerrarme en mi culto admirativo y res-
petuoso a la mujer, no a la hembra, sin mezcla de im-
puro sensualismo. Y se hizo tarde para el matrimonio,
y ahora, en el vacío enorme de la paternidad, corro
tras los hijos ajenos y voy adelante, paso entre paso,
sin saber adonde voy... ¿Quién sabe adonde va? Nadie
lo sabe...

Pero la alegría de la juventud llega a mí como un
aura de primavera que me conforta y me acaricia. De-
rramo a vuestros pies las flores del verbo que son las
flores de mi jardín, las únicas que me pertenecen, las
únicas que puedo ofrecer con largueza. Para mí, como
para todos los que trabajan con el entendimiento, vues-
tro aplauso es el mejor galardón. Todos se afanan por
merecerlo, yo lo he merecido muchas veces, como es-
ta noche; yo he observado al dirigirme al público en
mi carrera de orador, más simpatía, más comprensión
sensitiva, más acercamiento en el hombre que en la
mujer. ¿Porqué? Porque la mujer, mejor organizada,
orgánicamente más perfecta, recoge todos los gérme-
nes intelectuales y los anima y los torna viables al ca-
lor de su seno, todo maternidad en potencia, capaci-

36 dad de adopción y de sacrificio; porque en la mujer nuestros pensamientos se hacen sentimientos y nuestros sentimientos se hacen pensamientos: doble poder de su espíritu admirablemente ecléctico, inmensamente sintético... Así, la relación de las inspiradoras y los creadores, la de Beatriz con el Dante, la de Leonora con el Tasso, la de Laura y el Petrarca, la de Gioconda y el Vinci, la de la Fornarina y Rafael, la de Victoria Colonna y Miguel Angel, es la integración del espíritu humano; el genio fecundado por el eterno femenino.

El aplauso es siempre grato; pero lo es doblemente cuando, como un arrullo, como un halago, sale de delicadas manos de mujer. Entonces en la ovación que nos tributáis recibimos el beso de la musa, el beso de la esposa, el beso de la hija, el beso de la madre. Entonces, ese aplauso es un eslabón más de la cadena sin límite con que nos tenéis atados; es una rosa más de la guirnalda sin fin con que desde el principio de los tiempos, manos de mujer han ceñido la frente de los pensadores, de los artistas, guiándolos a la inmortalidad...



Visiones de Dios.



Visiones de Dios.

Tres momentos místicos. (1)

Los hijos de San Francisco, sus discípulos y sus adoradores, vienen en peregrinación a visitar el convento dominicano. Una gran muchedumbre, sonora con los himnos que canta, esmaltada con las medallas y los escapularios, precedida de estandartes alegóricos, llega a las puertas de esa santa casa límpida como la conciencia de un justo.

Choque de dos grandes espíritus, de dos grandes espadas para reñir los combates del Señor: distinto temple, pero idéntico poder defensivo (ofensa no cabe). Se encuentran, fraternizan Francisco, cordero, y Domingo, león. Toman alimento de la misma llama el cirio y la antorcha: el cirio, blancura y pureza difundidas; la antorcha, ardor y calor irradiados. Dos predominancias en dos soberanías.

La multitud, apaciblemente franciscana, con arrastres de miseria terrenal que se diluye en la ola de misticismo, trae, sin embargo, el ímpetu de su propio mo-

(1) Escrito con motivo de la peregrinación franciscana al convento de las Dominicas en Teror.

40 vimiento, el ímpetu de las avenidas. Diríase que una vasta corriente se explaya, de pronto, en un remanso tranquilo y profundo...

Todas esas almas creyentes son como palmas de triunfo bendecidas en el altar, y se inclinan como otras tantas afirmaciones ante esa mansión llena de cristianismo; llena de fé, esperanza y caridad, porque Cristo está en ella...

Este momento también es un «memento». Hace surgir la remembranza de otros dos instantes místicos, plenos de emoción religiosa, en este mismo punto gozados.

Juntémoslo todo, y veamos lo que hay ahora en mi interior, en esta alta marea espiritual.

* * *

Yo he visto nacer y crecer como un ser vivo gigantesco, la fábrica que reproduce en nuestra época con acertada traza, con mezcla de diversos estilos fundidos en un conjunto imponente y severo, las sacras construcciones de otros siglos de más robustas creencias.

La he visto concrecionarse, al principio dilatarse, después limitarse, delinarse, contornearse, acabarse, como una formación geológica, como un crecimiento espontáneo de la tierra, que quisiera acercarse al cielo... Se eligió para emplazarla el lugar más interesante de estos alrededores, ceñido por la naturaleza, que aquí es muy hermosa y en todas partes templo digno de Dios... Cada piso superpuesto, cada pabellón terminado, cada ventana abierta, cada celda, cada arco, cada arista, cada impulso ascendente del edificio, antojábaseme un conato de fuga o una tentativa de evasión: fuga de lo perecedero, elevación a lo inmortal... La solidez de la piedra en mi imaginación tendía a liquidarse, a evaporarse, cambiando de estado. La masa pé-

trea, para mí, dentro de mí, donde las cosas suelen verse rectificadas o invertidas, tenía y tiene el 41
valor de una cosa aérea que se sutiliza y se desvanece en la inmensidad, en busca del camino de los caminos que conduce hacia el principio de los principios...

Y ahora, rematada aquélla, en mis paseos solitarios, os veo a vosotras, hijas de Santo Domingo, semejantes a fantasmas en atalaya que gritan el «¡alerta, alerta está!», al mundo pecador; que lanzan el «quos ego» de la vigilancia incorruptible en nombre de Jesucristo, padre y maestro, a la conturbación de las pasiones, los vicios y los desórdenes contemporáneos.

* * *

Dos veces he presenciado la visita del Altísimo a la Residencia, colmándome de místico deleite. Una, la procesión del Córpus en una tarde serenísima. Jamás lo olvidaré. Yo iba, portador de un cirio, entre el cortejo, que se deslizaba sobre alfombras floridas. Sentíase el vuelo del Espíritu Santo. La belleza de la augusta ceremonia, realzada por la de esos ámbitos henchidos de promesas y esperanzas ultraterrenales, aceleraba el ritmo de mi corazón, un enfermo triste, un enfermo incurable: el Divino Sacramento penetraba en aquellas almas fervorosas y en la mía de espectador arrodillado. En aquella escena maravillosa, la Eucaristía eclipsaba la majestad del sol de Junio que al ponerse nos daba su paternal bendición...

Y el sol de los soles, el rey de los reyes, pasaba entre cánticos y reverencias del Estío, un pagano converso. Todo era allí doblemente sugestivo, doblemente cautivador. Yo sentí la penetración de Dios en la naturaleza...

* * *

42 Otra, la fiesta de las Espigas. La mañana, densamente pálida—diríase que la conmoviera la emoción del grandioso espectáculo—, entrábase por esas puertas, llamaba a esos ventanales, con la timidez de la infancia deslumbrada por la vida...

Rompiendo el silencio entonaban una plegaria voces angélicas salidas de los claustros. Y la mañana, la mañana misma era una oración por todos; los sonidos dispersos en el espacio se concertaban en una armonía sublime, y subían como una espiral de incienso a perderse en las serenas excelsitudes con la ofrenda de nuestras prosternaciones... Los ténues fulgores de los círios, como miradas de moribundo que se clavasen en el infinito, agonizaban bajo la llamarada solar... Iban y venían maestras y alumnas extendiendo la nieve virgen de sus vestiduras y sus velos sobre el poético amanecer, tan blanco, tan puro como la hostia sacrosanta... En torno al palio bamboleante, las últimas rosas deshojadas volaban como mariposas multicolores... Brillaba el oro primicial del trigo, ofrendado en las aras... La mañana se coloreaba, sonreía... Allá en lo remoto, el mar, azul celeste, me recordaba el manto de la Inmaculada... En aquellos montes los rebaños estaban como en éxtasis... En aquellas tierras circunvecinas las arboledas, como ejércitos que rinden armas, parecían estremecerse al paso del Gran Misterio. Reinaba una paz monástica de la que todos participábamos; la naturaleza, despertada por la luz, nos decía: «¡la paz sea con nosotros!» Había un recogimiento, un anonadamiento de los seres y las cosas. Y volví a sentir la penetración de Dios creador en el seno de la naturaleza creada por su omnipotencia.

